

# HACER DE LA VIDA UNA EUCARISTÍA

## VER:

Ayer con la convivencia-asamblea parroquial, iniciábamos esta semana de las Fiestas del Corpus. Hoy continuamos con esta charla Eucarística. Continuaremos con el Triduo, el viernes la Adoración Nocturna. El sábado miembros de nuestra Comunidad Parroquial se incorporarán a la Acción Católica General, y el domingo, tras la Solemne Eucaristía, tendremos la procesión.

Si nos fijamos, la capilla de nuestra Comunidad Parroquial, vemos que es una capilla eminentemente Eucarística, todo se centra en el Sagrario. En el fresco está la Eucaristía con el Santo Cáliz en el centro, a quienes los santos eucarísticos valencianos lo adoran, junto con los ángeles. A la izquierda está San Pascual Bailón y Santa María Micaela del Santísimo Sacramento, y a la derecha San Juan de Ribera. (*Y Santa Margarita María Alacoque, el padre Hoyos S.J. y el Papa Pío XI, están relacionados con el Sagrado Corazón de Jesús, situado encima del Sagrario*).

La Exhortación “*Sacramentum Caritatis*”, del Papa Benedicto XVI, publicada en 2007, nos ofrece una gran catequesis sobre la Eucaristía y la oración.

Esta Exhortación es, en cierto modo, gemela del documento papal que la precede, la Encíclica “*Dios es amor*” (2005). También el *Sacramentum Caritatis* lo podemos traducir en castellano como “el Sacramento de Amor”, título contenido en las dos primeras palabras de la Exhortación, inspiradas en un pasaje de la “Suma Teológica” de Santo Tomás de Aquino.

El Papa Benedicto XVI se propone recordar al cristiano el insondable contenido del misterio de la Eucaristía. No en teoría, sino en lo hondo de nuestra fe, en la celebración y en la vida. Para protegerlo contra la insidia de la rutina e introducirlo en la oración, en la adoración, la celebración contemplativa y apostólica.

Sin la vivencia de la Eucaristía, el cristiano lo sería sólo de nombre. E igualmente, la oración de ese cristiano quedaría en ciernes, apenas sí lograría balbucir una verdadera oración cristiana. Convencidos como estamos de lo inmensamente pobres que son nuestros intentos de oración personal, en la Eucaristía no sólo repetimos a Jesús la súplica que le hacían los apóstoles: “Señor, enséñanos a orar”, sino que oramos con Él, uniéndonos a Él, de suerte que nuestra oración queda arropada y asumida por la suya. En la Eucaristía, nuestra oración se identifica con la de Jesús.

La gran catequesis de la Exhortación papal no sólo arraiga en la fe y la teología de Santo Tomás de Aquino, sino que tiene sus raíces próximas en documentos eclesiales más recientes. Ante todo, en la Constitución del Vaticano II “*Sacrosanctum Concilium*”, sobre la liturgia, según la cual el sacramento eucarístico es “fuente y culmen de toda vida cristiana”.

Y más recientemente, en el mensaje del Sínodo de los Obispos, celebrado en octubre de 2005. Fue esta Asamblea General de los Obispos la que remitió a Benedicto XVI una serie de Propositiones (medio centenar), la primera de las cuales le “suplica humildemente que juzgue la oportunidad de ofrecer a los fieles un documento sobre el sublime misterio de la Eucaristía en la vida de la Iglesia”, ya que en el misterio y la celebración eucarística “la Iglesia acoge, adora y celebra, estremecida de fe, el gran don que nos ha hecho Jesús y que nosotros prolongamos en la historia” (Proposición 1).

El mismo Sínodo de los Obispos auspiciaba la próxima elaboración de un Compendio eucarístico o un instrumento de ayuda pastoral en que se reúnan los aspectos litúrgicos, doctrinales, catequísticos y devocionales sobre la Eucaristía, para apoyar y desarrollar en los creyentes la fe y la piedad eucarísticas (Proposición 17). Es eso lo que de hecho ha realizado el Papa Benedicto XVI en la Exhortación “*Sacramentum Caritatis*”.

La Exhortación “*Sacramentum Caritatis*” está estructurada en tres partes:

- 1) La Eucaristía, misterio que se ha de **creer**.
- 2) La Eucaristía, misterio que se ha de **celebrar**.
- 3) La Eucaristía, misterio que se ha de **vivir**.

En la primera parte (*La Eucaristía, Misterio que se ha de **creer***), tras la Introducción, el Papa comienza apoyando todo cuanto nos va a decir en las palabras que el sacerdote pronuncia al terminar la consagración: “Éste es el Misterio de la fe”. Y es que, en efecto, la Eucaristía es el “misterio de la fe” por excelencia, a la par que es el “compendio y la suma de nuestra fe”.

En cuanto a su contenido, dado que la primera realidad de la fe eucarística es el misterio mismo de Dios, el amor trinitario, comienza por relacionarla con la Santísima Trinidad, con Jesús como verdadero Cordero inmolado, y con el Espíritu Santo, pasando luego a detenerse en su vinculación con la Iglesia, los Sacramentos, la escatología y la Virgen María.

En la segunda parte (*La Eucaristía, Misterio que se ha de **celebrar***), el Papa nos recuerda el énfasis que puso el Sínodo de los Obispos reflexionando en la relación intrínseca entre la “fe eucarística” y su “celebración”. Para ello, tras mencionar la relación entre “belleza y liturgia”, dedica seis grandes apartados a facetas tan importantes como “La celebración de la Eucaristía, obra del Cristo total”, “El arte de celebrar”, “La estructura de la celebración eucarística”, el verdadero sentido de una “participación activa” en esta celebración, “La celebración participada interiormente”, y por fin “La adoración y piedad eucarística”.

Y en la tercera parte (*La Eucaristía, Misterio que se ha de **vivir***), el Papa encabeza este apartado con las palabras de Jesús en Jn 6, 57: “El Padre que vive me ha enviado y yo vivo por el Padre; del mismo modo, el que me come, vivirá por mí.”

Estas palabras de Jesús, indica el Papa, nos permiten comprender cómo el misterio “creído” y “celebrado” contiene en sí un dinamismo que hace de él principio de vida nueva en nosotros y forma de la existencia cristiana. Pensamiento que corrobora con aquel de San Agustín en sus “Confesiones”: “Soy el manjar de los grandes: creces, y me comerás, sin que por eso me transforme en ti, como el alimento de tu carne; sino que tú te transformarás en mí”.

En esta tercera y última parte, el Papa subdivide el mensaje en tres apartados: “La Eucaristía como forma de la vida cristiana”, “La Eucaristía, Misterio que se ha de anunciar”, y “La Eucaristía, Misterio que se ha de ofrecer al mundo”.

La Exhortación termina con una Conclusión en la que Benedicto XVI, tras recordarnos la interminable lista de santos y fieles que se han santificado a lo largo de los siglos gracias a su piedad eucarística, insiste en que es necesario que en nuestra Iglesia creamos realmente, celebremos con devoción y vivamos con intensidad este santo Misterio.

Impacta el ejemplo que nos cita de aquellos cristianos del Norte de África que fueron martirizados en los primeros siglos del cristianismo mientras declaraban que les era imposible vivir sin celebrar la Eucaristía dominical, como verdadero alimento del Señor: “Sine dominico non possumus – Sin el Domingo, no podemos”.

Termina recordándonos la cita de Juan Pablo II cuando en su Encíclica “La Iglesia vive de la Eucaristía” (*Ecclesia de Eucharistia*) ve en María a la “Mujer Eucarística”, a su icono más logrado, y a la Madre e intercesora más consumada con que podemos contar en este urgente compromiso que queremos adoptar a la hora de eucaristizarnos.

## **JUZGAR: HACER DE LA VIDA UNA EUCARISTÍA**

Vamos a reflexionar y orar el número 70 de *Sacramentum Caritatis*:

**70.** El Señor Jesús, que por nosotros se ha hecho alimento de verdad y de amor, hablando del don de su vida nos asegura que «*quien coma de este pan vivirá para siempre*» (Jn 6, 51). Pero esta «vida eterna» se inicia en nosotros ya en este tiempo por el cambio que el don eucarístico realiza en nosotros: «*El que me come vivirá por mí*» (Jn 6, 57). Estas palabras de Jesús nos permiten comprender cómo el misterio «creído» y «celebrado» contiene en sí un dinamismo que hace de él principio de vida nueva en nosotros y forma de la existencia cristiana. Comulgando el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo se nos hace partícipes de la vida divina de un modo cada vez más adulto y consciente.

No es el alimento eucarístico el que se transforma en nosotros, sino que somos nosotros los que gracias a Él acabamos por ser cambiados misteriosamente. Cristo nos alimenta uniéndonos a Él; «nos atrae hacia sí». La Celebración eucarística aparece aquí con toda su fuerza como fuente y culmen de la existencia eclesial, ya que expresa, al mismo tiempo, tanto el inicio como el cumplimiento del nuevo y definitivo culto.

A este respecto, las palabras de san Pablo a los Romanos son la formulación más sintética de cómo la Eucaristía transforma toda nuestra vida en culto espiritual agradable a Dios: «*Os exhorto, por la misericordia de Dios, a presentar vuestros cuerpos como hostia viva, santa, agradable a Dios; éste es vuestro culto razonable*» (Rm 12, 1). En esta exhortación se ve la imagen del nuevo culto como ofrenda total de la propia persona en comunión con toda la Iglesia. La insistencia del Apóstol sobre la ofrenda de nuestros cuerpos subraya la concreción humana de un culto que no es para nada desencarnado.

La insistencia sobre el sacrificio -«hacer sagrado»- expresa aquí toda la densidad existencial que se encuentra implicada en la transformación de nuestra realidad humana ganada por Cristo.

La idea central se encuentra en estas palabras: la Eucaristía hace de toda nuestra vida una Eucaristía, porque “comulgando el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo se nos hace partícipes de la vida divina de un modo cada vez más adulto y consciente... No es el alimento eucarístico el que se transforma en nosotros, sino que somos nosotros los que, gracias a Él, terminamos siendo cambiados misteriosamente.”

La comunión sacramental realiza en nosotros una incorporación tan radical a Cristo, que nos transforma en Él, igual que nosotros transformamos en carne y sangre los alimentos que tomamos. Por parte de Cristo es total desde un principio; pero por parte nuestra, es paulatina: nos va cambiando poco a poco.

Otra idea fundamental es que la Eucaristía nos conduce hacia el verdadero culto cristiano y nos lo hace posible. Este culto consiste en convertir toda la existencia en una ofrenda agradable a Dios: “que Él nos transforme en ofrenda permanente”, pedimos en la tercera Plegaria Eucarística. No hay ninguna parcela de la vida ni ningún sector de la actividad de un cristiano que queden fuera de esa transformación en ofrenda agradable al Padre y, por tanto, que no se hagan según el querer de Dios.

Se ve así que el culto cristiano consiste en la entrega de nuestra misma persona, de modo que seamos nosotros mismos los que nos convertimos en *hostia agradable a Dios*, con una entrega total y amorosa. Como hace Jesucristo en la Eucaristía: se da Él en persona.

Esta entrega supera completamente nuestros buenos deseos, nuestra fuerza de voluntad, nuestros propósitos generosos, en una palabra: nuestras meras posibilidades humanas; y sólo es posible por el alimento eucarístico.

La última idea central es que cada uno convierte toda su vida en ofrenda no de modo individual sino como miembro de la Iglesia. En esta exhortación se ve la imagen del nuevo culto como ofrenda total de la propia persona en comunión con toda la Iglesia. Lo cual lleva consigo reforzar la unidad con los demás miembros y vivir en íntima comunión vital con ellos. La Eucaristía tiene tanta fuerza para realizarlo que la gracia del Sacramento es, precisamente, construir la unidad del Cuerpo Místico.

Para hacer de la vida una Eucaristía, es necesario que la Comunión se convierta realmente en encuentro con Cristo. Para ello, el presbítero sostiene la Forma un poco elevada ante los ojos de cada fiel, diciendo: «El Cuerpo de Cristo». Los comulgantes han de reconocer, en ese trocito de Pan, a Cristo mismo que entra en su casa para curar su interior más íntimo.

**Nos dice: Dolores ALEIXANDRE Religiosa del Sagrado Corazón Profesora de Sagrada Escritura, en “Siete verbos elementales de acceso a la Eucaristía”:**

### *TRAGARSE A JESÚS*

Por más que lo he intentado, no he conseguido encontrar otro verbo menos áspero que éste, que al menos tiene la ventaja de ser familiar a nuestro vocabulario: *“no trago a tal persona”, “ese disgusto aún no me lo he tragado”...* Nos es fácil abrir la boca o poner la mano para comulgar y luego volver a nuestro sitio con recogimiento y dar gracias lo mejor que podemos. Pero, de vez en cuando, tendríamos que cambiar la expresión *“comulgar”* por la de *“tragarnos a Jesús”* para caer un poco más en la cuenta de lo que significaría *“tragarnos”* su mentalidad, sus preferencias, sus opciones, su estilo de vida, su extraña manera de vivir, de pensar y de actuar.

Podría ser un buen ejercicio abrir el Evangelio al azar y, cuando leamos: *“El que quiera ser el mayor entre vosotros que sea vuestro servidor”, “No amontonéis tesoros en la tierra”, “Prestad sin esperar nada a cambio”...*, hacer el gesto interior de *“tragarnos”* eso, de comulgar con ello, de desear, al menos, ir poniéndonos de acuerdo con Jesús, creciendo en afinidad con Él, pidiendo al Padre, con la pobreza de quien se siente incapaz desde sus fuerzas, que *“nos ponga con su Hijo”* y nos haga ir teniendo *“parte con Él”*, con las consecuencias de que sea el *“Primogénito de una multitud de hermanos y hermanas...”*.

Entonces, el hecho de comulgar dejará de ser como un “rito de comida”, siempre igual; Jesús vendrá a nuestro encuentro y actuará en nosotros de un modo distinto en cada ocasión. Podremos entonces experimentar que actúa con nosotros como con los enfermos y pecadores de su tiempo; sentiremos cómo, en la Comunión, recibimos en nuestro interior su Palabra hecha carne para que, en lo profundo de nuestro corazón, transforme por igual nuestro cuerpo y mi alma.

Si todo lenguaje está lleno de silencios, el silencio litúrgico contribuye muy eficazmente al ritmo de la celebración. En el silencio se forman las grandes personalidades y en el silencio litúrgico se forma el cristiano. Forma parte integrante de la celebración; no es ausencia de palabra o espacio vacío.

No es lo mismo callar que hacer silencio. El silencio litúrgico es rico de vida y de contemplación; va más lejos que las palabras; debe ser breve para no romper el ritmo celebrativo. En la vida nos quedamos ante ciertas circunstancias sin habla, siendo entonces el silencio más expresivo. En la celebración eucarística se distinguen varias clases de silencios.

Por eso después de la escucha de la Palabra de Dios, y de la Comunión es conveniente guardar un momento de silencio, para que la unión con Cristo pueda tener lugar también en el corazón y se realice plenamente con todos los sentidos. El silencio crea un espacio donde puede desarrollarse un diálogo personal con Cristo, que le hemos escuchado y ahora está en nosotros. También puede ser la caja de resonancia de lo que acabamos de celebrar, el momento en que el Cuerpo y la Sangre de Cristo penetran en todo mi cuerpo y en las profundidades de mi alma.

Tras comulgar, puedo sentir en mi interior que Cristo, en este instante, se ha hecho uno conmigo sin que pueda distinguirse de mí. Lo que Cristo ha obrado en mí he de hacerlo realidad en mi vida. Si Cristo se ha hecho uno conmigo, entonces podré aceptarme a mí mismo, aceptar mi vida. Y vivirla en armonía interior. Y de eso daré testimonio con mi vida, que entonces será “eucarística”.

Y si Cristo está en todos nosotros, también voy a poder intentar, en mi interior, ver a todos con otros ojos. Y sentirme unido a ellos, uno con ellos. Superando rencillas, divisiones, enfrentamientos, murmuraciones, chismes, cotilleos... apostando por la comunión fraterna.

Con todo lo anterior, será evidente que «comulgar» no es, de ningún modo, un acto individual o estrictamente limitado a la relación entre Cristo y el creyente. No. Entrar en comunión significa compartir la vida de Jesús, vivir según su estilo y opciones, apostar por la comunión fraterna sin exclusiones. Comulgar el Pan implica repartir el pan y todos los bienes entre todas las personas. Comulgar en el Cuerpo de Cristo significa construir el cuerpo de la fraternidad universal, por encima de muros y fronteras. Entrar en comunión con Dios en Cristo-eucaristía supone entrar en comunión con todos seres humanos en Cristo-identificado-con-los-excluidos. Al ofrecer los dones de pan y vino, toda la realidad material (económica, también) queda incorporada al ámbito de Dios, que nos la devuelve hecha entrega plena para toda la humanidad, sin exclusiones.

## **ACTUAR:**

No vamos a la Eucaristía porque somos buenos: ¡entonces no nos haría falta! Vamos porque queremos serlo... y no podemos. Por eso celebrar la Eucaristía no es para nosotros un acto de orgullo, ni ostentación de nuestra virtud, sino un acto de humildad. De humildad y, al mismo tiempo, de sana ambición: no nos conformamos ni con lo que somos nosotros ni con lo que es la humanidad.

Ciertamente, a pesar de la Eucaristía, no hemos conseguido aún ser como debiéramos; pero, ¿qué sería de nosotros sin ella? Desde luego, no podemos aspirar a que lo entienda quien no tiene fe, pero nosotros estamos convencidos de que nuestras pobres Eucaristías constituyen uno de los mejores servicios que hacemos a la humanidad. Porque es la fuente, la energía y la motivación de todos los demás servicios.

Es posible que la meditación y oración de hoy nos haya descubierto que a menudo nos contentamos con “ir a misa”, y que ésta se acaba cuando el cura dice: “Podéis ir en paz”. Si ocurre esto, hay un corte entre lo que celebramos y lo que vivimos.

Esto provoca una especie de esquizofrenia espiritual y un desdoblamiento de nuestra personalidad como cristianos. Este modo de proceder trae consigo que nuestra vida familiar y profesional no avance y no ayude a los demás a descubrir la importancia que tiene participar en la Eucaristía.

Por eso, vamos a reflexionar sobre el significado de los ritos de conclusión y despedida en la celebración de la Eucaristía. Si en el inicio de la celebración nos sentimos convocados, al final deberíamos considerarnos enviados. Hemos acudido al templo desde nuestras cosas, dejando nuestras ocupaciones porque queremos participar en la reunión dominical de la comunidad cristiana; terminada la reunión salimos y volvemos a nuestra historia, a nuestra vida.

Pero la celebración eucarística no es algo aislado que no tenga relación con lo que hemos vivido antes de entrar y con lo que viviremos después. Acudimos a la Eucaristía “cargados con nuestra vida” y salimos con el encargo de “dar testimonio con nuestra vida” de lo que acabamos de escuchar y celebrar. Tenemos que hacer vida todo lo que hemos celebrado.

Entre estos dos hechos, vistos con mirada humana, no ha ocurrido nada extraordinario ni espectacular: no saldremos llorando de emoción o aplaudiendo de entusiasmo. Sí saldremos, es lo que siempre deberíamos desear, más iluminados por la Palabra de Dios y más animados, gracias a la Eucaristía, a vivir otra semana más, según el estilo de vida que Jesús nos ha señalado.

Con nuestra participación en la Eucaristía hemos hecho lo más fácil: reunirnos con otros cristianos, escuchar lo que Dios quería decirnos, orar con nuestros hermanos y participar de Cristo comulgando su Cuerpo y su Sangre. Y ahora viene lo difícil.

Concluimos la celebración eucarística con el mismo esmero con que la comenzamos. La Eucaristía concluye con la bendición, para que cuantos la han celebrado puedan regresar a su vida ordinaria como «benditos». Y se les despide con estas palabras: «Podéis ir en paz».

Y todos contestamos: “Demos gracias a Dios”. Son las últimas palabras que decimos como comunidad en la celebración, y no las decimos con alivio en el sentido de que por fin se ha terminado, sino en el sentido de que nos sentimos agradecidos a Dios porque nos ha dado, en el ámbito de su Iglesia, este admirable Sacramento de su Palabra y del alimento del Cuerpo de Cristo; nos ha dado fuerza para nuestro camino.

La paz de Dios que hemos experimentado en la Eucaristía ha de acompañarnos a lo largo del camino de toda la semana. No volvemos desprotegidos a nuestra vida diaria. Hemos de regresar a esa vida cotidiana como «benditos» y convertirnos en ella en fuente de bendición y de paz. La paz de Cristo ha de llegar al mundo por medio de nosotros. No hemos celebrado la Eucaristía sólo para nosotros, sino que ahora somos «enviados».

El cura vuelve a besar el altar, como hizo al principio de la celebración, para llevarse su fuerza para el camino y despedirse cariñosamente de Cristo. También en él, el amor de Jesús, que se ha celebrado sobre el altar, habrá de marcar sus palabras y sus acciones y deberá influir en todos los encuentros que tenga.

La comunidad se despide cantando o en silencio. Muchos se quedan todavía un rato en silencio para que el misterio de la celebración sagrada penetre en sus cuerpos y en sus almas, puedan salir renovados y, como personas transformadas, puedan a su vez transformar su vida cotidiana.

Porque con la Misa no ha terminado todo, el domingo continúa y la vida de cada uno, también. Este “Podéis ir en paz”, no lo olvidemos, lo debemos interpretar siempre como un envío hacia la vida, para prolongar la Eucaristía fuera del templo, y ahí queda lo difícil: en la familia, en el trabajo, en las actividades del barrio, en la sociedad... y debemos ser coherentes con lo que hemos escuchado, dicho y celebrado.

La Palabra y la Eucaristía deben iluminar toda nuestra vida. Hemos cantado el Aleluya, y la vida de un cristiano debería ser más “aleluyática”. Hemos dado gracias a Dios y nuestra actitud debería ser más esperanzada. Nos hemos dado la paz antes de comulgar y la Eucaristía ha de hacer crecer la fraternidad en toda nuestra vida. Hemos comido a Cristo entregado por nosotros y nosotros también hemos de ser cada día más entregados a los demás. Al mismo Jesús a quien hemos recibido en la Comunión es a quien debemos tener presente en la persona del prójimo, sobre todo del que tiene hambre, está necesitado en el aspecto que sea, y necesita de nosotros.

La Eucaristía no debe dejarnos tranquilos. El “Podéis ir en paz” no es un tranquilizante, más bien es un “Sois enviados”. No podemos, en consecuencia, salir de la celebración con las mismas actitudes con que hemos entrado. Desterremos de nuestra vida el “ir a misa” sólo porque es un día de precepto, porque tengo esa costumbre o para satisfacer una necesidad religiosa.

Debo participar en la Eucaristía porque tengo la necesidad de encontrarme con Dios en la comunidad, porque necesito seguir creciendo en la vida que Jesús me comunica continuamente como seguidor suyo que soy, porque necesito escuchar su Palabra, porque necesito alimentarme espiritualmente. Participar en la Eucaristía no debe ser una obligación, sino una necesidad.

Cuando el presidente nos bendice y nos despide con el “Podéis ir en paz”, no es porque todo se haya terminado y ya nos podemos marchar tranquilamente a casa, sino porque salimos al mundo y es donde debemos anunciar con fuerza la Palabra que nos ha sido proclamada; porque salimos al mundo a llevar esa Luz que, aunque nos parezca pequeña, tiene la fuerza necesaria para encender e iluminar la vida de todas las personas con las que nos encontremos. Por eso también se nos dice: *“Glorificad a Dios con vuestras vidas”*.

Somos invitados a volver a la vida de cada día con alegría, paz y amor. Es que la Eucaristía es para la vida. Cada Eucaristía nos obliga a ser más fieles a Cristo. Y por eso ha de ser el centro de nuestra vida, de nuestro amor, y entonces haremos de nuestra vida una Eucaristía.